

### XIII

#### Quinta conspiración del mariscal de Richelieu

El rey había vuelto á tener su Marly como de costumbre.

Menos esclavo de la etiqueta que Luis XIV, que buscaba en las reuniones de Palacio ocasiones de ensayar su poder, Luis XV buscaba en cada reunión noticias de que estaba ansioso, y sobre todo la variedad de caras, distracción que le agradaba más que ninguna otra, especialmente cuando aquellas caras estaban risueñas.

La tarde misma de que acabamos de hablar, y dos horas después que madama de Bearn, según su promesa cumplida fielmente esta vez, se había instalado en el gabinete de madama Dubarry, el rey estaba jugando en el salón azul.

Tenía á su izquierda á la duquesa de Ayen, y á la derecha á la princesa de Guemenée.

S. M. parecía muy preocupado, y aquella preocupación le hizo perder ochocientos lises, con cuya pérdida, dispuesto á las cosas serias (Luis XV, como digno descendiente de Enrique IV, gustaba mucho de ganar), se levantó á las nueve para hablar en el alfeizar de una ventana con el señor de Malesherbes, hijo del ex-canciller, mientras que el señor de Maupeou, que estaba hablando con el señor de Choiseul

en el hueco de otra ventana de enfrente, seguía la conversación con inquietos ojos.

Entretanto, desde que se levantó el rey, se había formado un corrillo al rededor de la chimenea. Las princesas Adelaida, Sofia y Victoria, de vuelta de un paseo por los jardines, se habían sentado en aquel sitio con sus damas de honor y sus gentileshombres.

Y como al rededor del rey, realmente ocupado en negocios, pues era conocida la austeridad del señor de Malesherbes; como al rededor del rey, decimos, había un círculo de oficiales de tierra y mar, de grandes dignatarios, de señores y presidentes, retenidos por una respetuosa consideración, la pequeña reunión de la chimenea se bastaba á sí misma, y preludiaba una conversación más animada, con algunas escaramuzas que podían considerarse como tiroteos de vanguardia.

Las principales mujeres que componían aquel grupo, eran, además de las tres hijas del rey, madama de Grammont, madama de Guemenée, madama de Choiseul, madama de Mirepoix y madama de Polastrón.

En el momento que decimos, madama Adelaida contaba una historia de un obispo enviado de ejercicios á la casa penitencial del obispado. La historia, que nos abstenemos de repetir, no dejaba de ser medianamente escandalosa, con especialidad en la boca de una princesa real; pero, como es sabido, la época que tratamos de describir, no estaba precisamente bajo la invocación de la diosa Vesta.

— Y bien, dijo madama Victoria, ese obispo tiene asiento aquí, entre nosotras, hace un mes apenas.

— Aun estaría una expuesta á peores encuentros en el palacio de S. M., si tuviesen entrada en él los que,

no habiéndola tenido nunca, la pretenden, dijo madama de Grammont.

À las primeras palabras de la duquesa, y sobre todo por el tono con que las había pronunciado, todos comprendieron á quién aludía y sobre qué terreno iba á maniobrar la conversación.

— Afortunadamente, una cosa es querer y otra poder, ¿no es verdad, duquesa? dijo tomando parte en la conversación un hombre bajito, de setenta y cuatro años, quien apenas representaba cincuenta, por su elegante talle, su fresca voz, su fina pierna, sus ojos vivos, su blanca piel y linda mano.

— ¡Hola! ya tenemos al señor de Richelieu que se arroja á las escalas como en Mahón, y viene á sorprender nuestra pobre conversación por asalto, dijo la duquesa. ¿Parece que aun tenemos un poco de granadero, mi querido duque?

— ¡Un poco! duquesa, me hacéis un agravio: decid un mucho.

— Y bien; ¿no es cierto lo que decía, duque?

— ¿Cuándo?

— En este momento.

— ¿Y qué es lo que decíais?

— Que no se fuerzan las puertas del rey.

— Como cortinas de alcoba. Soy de vuestra opinión, duquesa, siempre de vuestra opinión.

Esta repuesta atrajo los abanicos sobre algunas caras, pero se halló oportuna, aunque los detractores del tiempo pasado pretendían que la imaginación del duque estaba ya gastada.

La duquesa de Grammont se ruborizó bajo su colorete, porque ella era á quien se dirigía el epigrama.

— Madamas, continuó ésta, si el duque nos dice semejantes cosas, no continuaré mi historia, y os juro

que perderéis mucho en eso, á no ser que pidáis al mariscal que os cuente él otra.

— ¡Yo, dijo el duque, interrumpiros cuando probablemente vais á decir mal de alguno de mis amigos! ¡Dios me libre! Escucharé con todo el oído que me queda.

Se estrechó el corro al rededor de la duquesa.

Madama de Grammont lanzó una mirada á la ventana, para asegurarse de que seguía allí el rey, como en efecto seguía, pero aunque el rey continuaba hablando con el señor de Malesherbes, no perdía de vista el grupo, y su mirada se cruzó con la de madama de Grammont.

La duquesa se sintió algo intimidada por la expresión que había creído leer en los ojos del rey; pero estaba lanzada y no quería detenerse en el camino.

— Sabéis, pues, continuó madama de Grammont dirigiéndose principalmente á las tres princesas, que una dama... nada hace al caso el nombre, ¿no es verdad?... deseó últimamente vernos, á nosotras las escogidas del Señor, tronando en nuestra gloria, cuyos rayos le hacen morir de celos.

— ¿Vernos en dónde? preguntó el duque.

— En Versalles, en Marly, en Fontainebleau.

— Bien, bien, bien.

— La pobre criatura no había visto de nuestras grandes reuniones más que la comida del rey, en la que se permite á los bodeques mirar por detrás de los pabellones cómo comen S. M. y sus convidados, desfilando, bien entendido, bajo la vara del ujier de servicio.

El señor de Richelieu tomó ruidosamente un polvo en una caja de porcelana de Sèvres.

— Para vernos en Versalles, en Marly, en Fontainebleau, es preciso ser presentado, dijo el duque.

— Precisamente, la dama en cuestión solicitó la presentación.

— Apuesto á que le fué otorgada, replicó el duque, ¡ es tan bueno el rey !

Desgraciadamente, para ser presentado no basta el permiso del rey, pues se necesita alguno que os presente.

— Sí, dijo madama de Guemenée, alguno, como una madrina, por ejemplo.

— Sí, pero no todos tienen una madrina, dijo madama de Mirepoix; y sino dígalo la bella Borbonesa, que la anda buscando y no la encuentra.

Y se puso á gorjear:

La bella Borbonesa  
gime, rabia y se mesa.

— ¡ Ah, mariscala, mariscala ! dijo el duque de Richelieu. Dejad todo el honor de la relación á la señora duquesa.

— Vamos, vamos, duquesa, dijo madama Victoria; nos habéis hecho agua la boca, y nos dejáis á medio camino.

— Nada de eso; al contrario, tengo sumo gusto en contar mi historia hasta el fin. No teniendo madrina, se buscó una, y la buscaron tan bien, que la hallaron, pero ¡ qué madrina, Dios mío ! Una buena campesina muy sencilla y cándida. Sacáronla de su palomar, la engatusaron, acariciaron y ataviaron.

— ¡ Es espantoso ! dijo madama de Guemenée.

— Pero de súbito, cuando la provinciana estaba bien engatusada, bien acariciada y peripuesta, se cayó desde lo alto de su escalera.....

— ¡ Y ? dijo el duque de Richelieu.

La pierna se quebró.  
¡ Oh ! ¡ oh ! ¡ oh ! ¡ oh !

dijo la duquesa añadiendo un verso de circunstancia ó los dos de la mariscala de Mirepoix.

— Y entonces, dijo madama de Guemenée, ¿ la presentación ?.....

— Ni por asomos, querida mía.

— ¡ Lo que es la Providencia ! exclamó la mariscala elevando las manos al cielo.

— Perdonad, dijo madama Victoria, pero yo me compadezco mucho de la pobre provinciana.

— Al contrario, madama, dijo la duquesa, debéis felicitarla; pues de dos males el menor.

La duquesa calló, pues acababa de encontrarse con una segunda mirada del rey.

— ¿ Pero de quién habláis, duquesa ? repuso el mariscal aparentando ignorar quién era la heroína de que se trataba.

— No me han dicho su nombre.

— ¡ Qué lástima ! exclamó el mariscal.

— Pero lo he adivinado; haced como yo.

— Si las damas presentadas fueran animosas y fieles á los principios de honor de la antigua nobleza de Francia, dijo madama de Guemenée con amargura, irían todas á inscribirse en casa de la provinciana que ha tenido la sublime ocurrencia de quebrarse una pierna.

— ¡ Brillante idea, á fe mía ! dijo Richelieu. Pero sería preciso saber cómo se llama esa excelente señora que de tamaño peligro nos salva; porque ya no tenemos nada que temer, ¿ no es verdad, querida duquesa ?

— ¡ Oh ! os respondo que nada; pues se halla en su cama, con la pierna empaquetada é incapaz de dar un solo paso.

— Pero, dijo madama de Guemenée, si esa mujer encontrase otra madrina: porque es muy diestra.

— ¡ Oh, no hay que temer ! No se hallan madrinas así como quiera.

— ¡ Caramba ! ya lo creo, dijo el mariscal mascullando una de aquellas maravillosas pastillas á que atribuían su eterna juventud.

En aquel momento, el rey hizo un movimiento para acercarse, y todos callaron.

Entonces resonó en el salón la voz del rey tan clara y tan conocida.

— Adiós, madamas; buenas noches, señores.

Todos se levantaron al momento, y hubo un gran movimiento en la galería.

El rey dió algunos pasos hacia la puerta, y luego, volviéndose en el momento de salir :

— Á propósito, dijo, mañana habrá presentación en Versalles.

Estas palabras cayeron como un rayo en la asamblea.

El rey pasó su vista por el grupo de señoras, que palidecían mirándose entre sí.

Luego salió sin decir otra palabra.

Pero no bien había pasado del umbral del salón con el numeroso cortejo de gentileshombres de su servicio y de su séquito, cuando estalló la explosión entre las princesas y las demás personas que habían quedado.

— ¡ Una presentación ! balbuceó la duquesa de Grammont que se había puesto lívida. ¿ Qué es lo que ha querido decir S. M. ?

— ¡ Eh, duquesa ! dijo el mariscal con una de aquellas sonrisas que ni aun sus mismos amigos le perdonaban, ¿ sería por ventura vuestra presentación ?

Las princesas se mordían los labios con despecho.

— ¡ Oh, imposible ! repetía madama de Grammont.

— Escuchad, duquesa, dijo el mariscal, hoy día se curan también las fracturas de las piernas.

El señor de Choiseul se aproximó á su hermana y

le apretó el brazo en señal de advertencia; pero la condesa se creía demasiado ofendida para escuchar nada.

— ¡ Sería una indignidad ! exclamó.

— ¡ Sí, una indignidad ! repitió madama de Gueménée.

El señor de Choiseul vió que nada tenía que hacer allí, y se alejó.

— ¡ Oh, madamas ! exclamó la duquesa, dirigiéndose á las tres hijas del rey, no nos queda más recurso que en vos. ¡ Sufriríais, siendo las primeras damas del reino, que nos viésemos expuestas á hallar en el único asilo inviolable de las damas de calidad una sociedad que hasta nuestras doncellas repugnarían !

Pero en lugar de responder, las princesas bajaron la cabeza.

— ¡ En nombre del cielo, madamas ! repitió la duquesa.

— El rey es el dueño, dijo madama Adelaida suspirando.

— Es muy justo, dijo el duque de Richelieu.

— ¡ Pero con eso está comprometida toda la corte de Francia ! exclamó la duquesa. ¡ Ah, señores, qué poco os cuidáis del honor de vuestras familias !

— Señoras, dijo el señor de Choiseul tratando de reír, como esto va convirtiéndose en una conspiración, me permitiréis que me retire y que me lleve conmigo al señor de Sartines. ¿ Venís, duque ? continuó el señor de Choiseul dirigiéndose al mariscal.

— ¡ Oh, no ! respondió éste; yo adoro las conspiraciones, y así, me quedo.

El señor de Choiseul desapareció llevándose al señor de Sartines.

Los pocos hombres que aun quedaban siguieron su ejemplo.

No quedaron al rededor de las princesas más que madama de Grammont, madama de Guemenée, madama de Agen, madama de Mirepoix, madama de Palastron y otras ocho ó diez señoras que habían abrazado con el mayor ardor la querrela de la presentación.

El único hombre que quedaba era el señor de Richelieu.

Las damas lo miraban con inquietud, como hubieran mirado á un troyano en el campo de los griegos.

— Yo represento á mi hija la condesa de Egmont; hablad, pues, hablad, dijo el duque.

— Señoras, dijo la duquesa de Grammont, hay un medio de protestar contra la infamia que quieren imponernos, y yo, por mi parte, he de emplear ese medio.

— ¿Cuál es? preguntaron á una voz todas las señoras.

— Se nos ha dicho, repuso madama de Grammont, el rey es el dueño.

— Yo he respondido: es justo, dijo el duque.

— Verdad es que el rey es el dueño en su casa; pero en las nuestras lo somos nosotras. Así, ¿quién me puede impedir de decir esta noche á mi cochero: á Chanteloup, en lugar de decir: á Versailles?

— Es verdad, dijo el señor de Richelieu; pero aun cuando hayáis protestado, duquesa, ¿qué resultará?

— Resultará que reflexionarán.

— Resultará que aun reflexionarán mucho más, exclamó madama de Guemenée, si os imitan muchas, señora.

— ¿Y por qué no hemos de imitar todas á la duquesa? replicó la mariscal de Mirepoix.

— ¡Oh, madamas! exclamó entonces la duquesa dirigiéndose de nuevo á las hijas del rey. ¡Oh, qué

bello ejemplo podíais dar á la corte, vos las hijas de Francia!

— ¿Nos reconvendría el rey? preguntó madama Sofia.

— ¡No, no! ¡Estén seguras de ello VV. AA.! exclamó la rencorosa duquesa. ¡No! él, que tiene un juicio exquisito, un tacto perfecto, al contrario, os quedaría agradecido. Creedme, el rey no violenta á nadie.

— Al contrario, dijo el duque de Richelieu aludiendo por la segunda ó tercera vez á una invasión que madama de Grammont había hecho, según dicen, una noche en el cuarto del rey, él es á quien violentan, á quien toman á la fuerza.

Á estas palabras hubo un movimiento entre las señoras, semejante al que se opera en una compañía de granaderos cuando estalla una bomba.

En fin, se aquietaron.

— Verdad es que nada ha dicho el rey cuando cerramos nuestra puerta á la condesa, dijo madama Victoria envalentonada y acalorada por el ardor de la asamblea; pero muy bien podría suceder en una ocasión tan solemne...

— Sí, sí, sin duda, insistió madama de Grammont: de seguro que así podría suceder, madamas, si fueseis las únicas que faltasen; pero cuando se vea que todas nosotras faltamos...

— ¡Todas! exclamaron las mujeres.

— Sí, todas, repitió el viejo mariscal.

— ¿Según eso sois del complot? preguntó madama Adelaida.

— Ciertamente que lo soy, y por lo mismo pido la palabra.

— Hablad, duque, hablad, dió madama de Grammont.

— Procedamos metódicamente, dijo el duque: no consiste todo en gritar: ¡todas, todas! Tal grita hasta desgañitarse: yo haré esto, que cuando llegue el caso, hará precisamente lo contrario; y como yo soy del complot, según acabo de tener el honor de deciros, no me gustaría verme abandonado, como me he visto en todos los complós en tiempo del difunto rey y de la Regencia.

— En verdad, duque, replicó irónicamente la duquesa de Grammont, que se diría que olvidáis en donde estáis, en el país de las Amazonas; tomáis el aire de jefe.

— Señora, dijo el duque, os ruego que creáis que tendría algún derecho á ese rango que me disputáis; vos aborrecéis más á madama Dubarry... ¡Bueno! ya se me escapó el nombre, pero nadie lo ha oído, ¿no es verdad?... Aborrecéis más que yo á madama Dubarry, pero ¡yo estoy más comprometido que vos.

— ¿ Vos comprometido, duque? preguntó la mariscal de Mirepoix.

— Sí, comprometido, y horriblemente. Hace ocho días que no he estado en Luciennes, y cuatro que no he ido á Versalles; de manera que ayer envié la condesa á preguntar al pabellón de Hanóver si yo estaba enfermo, y bien sabéis que Rafé ha respondido que estaba tan bueno que no había vuelto desde la víspera. Pero abandono mis derechos, pues no tengo ambición; os dejo el primer rango, y hasta os elevo á él. Lo habéis conmovido todo, sois el botafuegos, revolucionáis las conciencias... á vos el bastón de mando.

— Después de madamas, dijo respetuosamente la duquesa.

— ¡ Oh! dejadnos el papel pasivo, dijo madama Adelaida, nosotras vamos á ver á nuestra sor Luisa á

San Dionisio; nos retiene, no volveré, y nada habrá que deciros.

— Nada absolutamente, dijo el duque, á no tener muy poco talento.

— Yo, dijo la duquesa, estoy de siega en Chanteloup.

— ¡ Bravo! exclamó el duque; ¡excelente excusa!

— Yo, dijo la princesa de Guemenée, tengo un hijo enfermo, y me encapillo mi bata para cuidarle.

— Yo, dijo madama de Polastrón, me siento esta noche enteramente aturdida, y sería capaz de hacerme una enfermedad peligrosa, si Tronchin no me sangrase mañana.

— Y yo, dijo con majestad la mariscal de Mirepoix, no voy á Versalles, porque no voy. He ahí mi razón; el libre albedrío!

— ¡ Bien, bien! dijo Richelieu, todo esto está lleno de lógica, pero es preciso jurar.

— ¿ Cómo es eso de jurar?

— Sí, en las conjuraciones siempre se jura; desde la conspiración de Catilina hasta la de Cellamare, en la que he tenido el honor de hallarme, siempre se ha jurado. Verdad es que no por eso han salido mejor, pero respétese la costumbre. ¡ Juremos, pues! Esto es muy solemne, vais á ver.

Extendió la mano en medio del grupo de señoras y dijo majestuosamente:

— Lo juro.

Todas las mujeres repitieron el juramento, á excepción de las hijas del rey que se habían escabullido.

— Ahora, punto concluído, dijo el duque. Una vez prestado el juramento en las conjuraciones, ya no se hace nada.

— ¡ Oh! ¡ qué furor, cuando se halle sola en el salón! exclamó madama de Grammont.

— ¡ Hum ! El rey no dejará de desterrarnos un tantico, dijo Richelieu.

— ¡ Eh ! qué decís, duque ! exclamó madama de Guemenée, ¿ en qué quedaría la corte si nos desterrasen ? ¿ No se está aguardando á S. M. danesa, á quien se le manifestará todo ? ¿ No se está aguardando á S. A. la Delfina, á quien se le manifestará igualmente ? Y además, no se destierra á toda una corte ; se escoge

— Demasiado sé que se escoge, dijo el duque, y aun yo tengo suerte, pues siempre me escogen ; ya me han escogido cuatro veces, porque, en buena cuenta, me hallo en mi quinta conspiración, señoras.

— ¡ Bueno ! No lo creáis, duque, dijo madama de Grammont ; yo seré la que sacrificarán.

— Ó al señor de Choiseul, añadió el mariscal ; tened cuidado, duquesa.

— No seréis vos, duque, ni vos, duquesa, ni el señor de Choiseul, á quien desterrarán, dijo la mariscala de Mirepoix, sino á mí. El rey no podrá perdonarme el ser menos atenta con la condesa que lo he sido con la marquesa.

— Verdad es, dijo el duque, ¡ vos á quien siempre han llamado la favorita de la favorita, pobre mariscala, seréis desterrada conmigo !

— Nos desterrarán á todas, repuso madama de Grammont levantándose ; porque espero que ninguna de nosotras se volverá atrás de la resolución tomada.

— Ni de la promesa jurada, añadió el duque.

— ¡ Oh ! y además, dijo madama de Grammont, en todo evento, yo tomaré mis medidas.

— ¿ Vos ? preguntó el duque.

— Sí, para estar en Versalles mañana á las diez, se necesitan tres cosas.

— ¿ Cuáles ?

— Un peluquero, un vestido y una carroza.

— Sin duda.

— ¡ Y bien !

— ¡ Y bien ! ella no estará en Versalles mañana á las diez, el rey se impacientará, despedirá la gente, y se suspenderá la presentación hasta las calendas griegas, en vista de la llegada de la señora Delfina.

Una nube de aplausos y bravos acogió este nuevo episodio de la conjuración ; pero el señor de Richelieu y madama de Mirepoix, al paso que aplaudían con más ardor que las demás, se cambiaron una ojeada.

Los dos viejos cortesanos se habían encontrado en la inteligencia de un mismo pensamiento.

Á las once todos los conjurados se alejaban por el camino de Versalles y San Germán, alumbrado por una admirable luna.

Sólo que el señor de Richelieu había tomado el caballo de su picador, y mientras su coche, con las cortinas echadas, corría ostensiblemente por el camino de Versalles, él se dirigía á París á todo correr por un camino de travesía.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO